

VIOLENCIA DE PAREJA EN PERSONAS QUE VIVEN O NO CON SU PAREJA Y EN AMBOS SEXOS

VIOLENCE AMONG COUPLES WHO LIVE AND DO NOT LIVE WITH A PARTNER, AND BETWEEN BOTH GENDERS

Recibido: 21 de febrero de 2013/Aceptado: 5 de agosto de 2013

JOSÉ MORAL DE LA RUBIA*
FUENSANTA LÓPEZ ROSALES**

Universidad Autónoma de Nuevo León - México

Key words:

Received violence,
Perpetrated violence, Relationship,
Marriage, Gender.

Abstract

This research paper shows the results of a study which objectives were to compare a means of received and perpetrated violence among people who live with and do not live with a partner, between both genders, and to study the relationship between received and perpetrated violence. For this study a questionnaire of violence against the partner was given to a non-random sample of 223 women and 177 men with heterosexual partner, showing that 48,5 % are married, or cohabiting men and 51,5 %, are boyfriends. Violence perceived was higher than violence received; married and cohabiting men were complaining to receive more violence. The recursive models of violent reaction (after received violence from their partners) and received violence (after perpetrated violence against partners) are shown to better fit the data of a bidirectional one (or vicious cycle). Based on these results, some suggestions are made in order to guide the polity of couples' violence against gender equity.

Palabras clave:

Violencia recibida,
Violencia ejercida, Noviazgo,
Matrimonio, Género.

Resumen

El presente artículo de investigación presenta los resultados de un estudio que tuvo como objetivos comparar medias de violencia recibida y ejercida entre personas que viven o no con su pareja y entre ambos sexos; asimismo, estudiar la relación entre la violencia recibida y percibida. Se aplicó un cuestionario de violencia de pareja a una muestra no probabilística de 223 mujeres y 177 hombres con pareja heterosexual, de los cuales el 48,5 % son casados/cohabitantes y el 51,5 %, novios. Las medias de violencia ejercida fueron mayores que las de recibida. Las medias fueron equivalentes en violencia ejercida, pero los casados/cohabitantes y hombres se quejaron de recibir más violencia. Los modelos recursivos de reacción violenta (tras recibir violencia de la pareja) y recibir violencia (tras ejercer violencia contra la pareja) mostraron mejor ajuste que el bidireccional (de círculo vicioso). Desde estos resultados se hacen sugerencias para orientar la política de violencia de pareja hacia una equidad de género.

Referencia de este artículo (APA):

Moral, J. & López, F. (2013). Violencia de pareja en personas que viven o no con su pareja y en ambos sexos. En *Psicogente*, 16(30), 296-310.

* Profesor-investigador Titular D tiempo completo. Universidad Autónoma de Nuevo León. Email: jose_moral@hotmail.com

** Profesor-investigador Titular A de tiempo completo con exclusividad. Universidad Autónoma de Nuevo León. Email: fuensanta.lopezrs@uanl.edu.mx

INTRODUCCIÓN

La *violencia de pareja* incluye tanto el ejercicio consciente del poder para imponerse o controlar a la otra persona como las reacciones automáticas de irritación y ataque ante situaciones molestas, frustrantes, de peligro o agresión dentro de la pareja. La Secretaría de Gobernación y la Coordinación General de la Comisión Nacional de la Mujer (1999) distinguen cuatro tipos de acuerdo a la modalidad de daño ocasionado: *violencia física* (dirigida al cuerpo para ocasionar dolor o incluso la muerte, considerándose en una categoría aparte todo lo relacionado con la sexualidad), *psicológica* (dirigida a la autoestima, autoconcepto y equilibrio emocional), *económica* (dirigida al control de ingresos, gastos y bienes) y *sexual* (dirigida a imponer o a coartar las relaciones sexuales o a vulnerar la autoestima e integridad sexuales). Si la persona es víctima de la violencia se habla de *violencia recibida* y si es quien agrede es *violencia ejercida* o *perpetrada*.

La *violencia común de pareja* es un tipo de violencia recíproca, en la cual el conflicto entre sus miembros se sale de control, conduciendo a insultos, amenazas o agresiones. Esta violencia se contrapone al *terrorismo patriarcal* que es un tipo de violencia unilateral en la cual el hombre sostiene un patrón de maltrato severo contra su pareja femenina para lograr el sometimiento por medio del temor (Johnson, 1995). Se estima que la *violencia común* está presente en el 50 % de las relaciones de pareja heterosexuales (Olson, 2002). Este tipo de violencia solo ocurre mientras se está discutiendo: las conductas agresivas son muestras de ira o frustración y no pretenden someter a la otra persona al generar temor.

Graham-Kevan & Archer (2003) criticaron la propuesta de *terrorismo patriarcal*, señalando que los estudios de Johnson estaban sesgados al basarse en muestras pequeñas de mujeres víctimas de violencia grave que sufrían estrés postraumático o depresión. Al emplear muestras de ambos sexos de población general, estos autores sustituyeron el concepto de *terrorismo patriarcal* por dos nuevos: *terrorismo íntimo* y *control violento mutuo*. El *terrorismo íntimo* implica someter a la pareja a través del miedo usando amenazas y agresiones. Puede ser ejercido tanto por el hombre como por la mujer y no requiere acudir a una ideología patriarcal. El *control violento mutuo* ocurre cuando ambos miembros de la pareja acuden a amenazas y agresiones como estrategia intencional para controlar y someter a la pareja, lo que genera un ambiente de malevolencia.

Tras estas críticas, Johnson (2008) distinguió tres tipos de violencia de acuerdo a la relación entablada entre los miembros implicados: *terrorismo íntimo* (se controla a la pareja a través del miedo), *resistencia violenta* (violencia perpetrada por las víctimas como autodefensa y expresión de ira contra una pareja violenta) y *situacional* (violencia ocasional ejercida por ambos miembros de la pareja a causa de un conflicto que se sale de control).

Se indica que el embrión de la violencia que se vivirá en la pareja durante la convivencia, está presente desde el noviazgo; con la salvedad de que las agresiones son menos frecuentes en este. Además, se afirma que la violencia en la pareja sigue la misma dinámica en ambas situaciones, siendo los celos y el control los desencadenantes más frecuentes y los conflictos de la convivencia la mayor diferencia (Cáceres & Cáceres, 2006; Rey,

2008). También, en ambas situaciones, uno de los factores de riesgo más importantes de la violencia masculina es el abuso y dependencia de alcohol (O'Farrell, Murphy, Stephan, Fals-Stewart & Murphy, 2004).

Contrario a la perspectiva de género de victimización femenina, muchas investigaciones vienen señalando que la violencia no es un fenómeno unidireccional y que los niveles de violencia son muy semejantes entre ambos sexos (Álvarez, 2009; Archer, 2002; Fiebert, 2010; Krahe, Bieneck & Möller, 2005; Strauss, 2005; Trujano, Martínez & Camacho, 2010). Precisamente, en la terapia de pareja es más frecuente encontrar casos de violencia recíproca, ya sea situacional, terrorismo íntimo-resistencia violenta o control violento mutuo, que casos de violencia unidireccional (Graham-Kevan & Archer, 2004; Johnson, 2008). No obstante, las políticas públicas ponen mucho énfasis en las situaciones de terrorismo patriarcal en las que la mujer es víctima de su pareja masculina, ya sea en el noviazgo o en el matrimonio (UNIFEM, 2009; Ramos & Saltijeral, 2008). Esta focalización tiñe la representación social de la violencia de pareja, apareciendo el hombre como el objeto nocivo a controlar (Jankowski, 2002).

Considerando la polémica existente entre la perspectiva de género y los estudios empíricos, el excesivo celo que se pone en las situaciones de terrorismo íntimo masculino o patriarcal dentro de las políticas públicas y la afirmación de una gran semejanza de la violencia de pareja entre el noviazgo y el matrimonio o cohabitación, esta investigación tiene como objetivos: 1) Comparar las medias de violencia recibida y ejercida entre personas que viven o no con sus parejas, así como entre mujeres

y hombres; y 2) Estudiar la relación entre ambas violencias, contrastando un modelo bidireccional (de círculo vicioso) contra dos modelos recursivos (de recibir o ejercer violencia) entre personas que viven o no con sus parejas, considerando el sexo (mujer/hombre) como una variable exógena (predictora).

MÉTODO

Participantes

La población objeto de estudio fue de adultos con pareja heterosexual. Se empleó una muestra aleatoria no probabilística de 400 participantes voluntarios. Como criterios de inclusión se requirieron: saber leer y escribir, ser mayor de edad, tener pareja heterosexual (matrimonio, noviazgo o cohabitación), residir en Monterrey o su zona metropolitana y proporcionar el consentimiento informado para participar en el estudio. Como criterios de exclusión se consideraron: no ser capaz de comprender las instrucciones y contestar el cuestionario de forma incompleta o desatenta (a juicio del encuestador).

Se entiende por *matrimonio* toda relación de convivencia y mutuo apoyo entre dos personas legalmente instituida, que suele implicar un vínculo amoroso y que se constituye como indisoluble o de difícil disolución; por *cohabitación* toda relación amorosa entre dos personas que conviven con o sin intención de casarse, que puede tener un reconocimiento legal distinto al matrimonio y disolución mucho más sencilla; y por *noviazgo* toda relación amorosa mantenida entre dos personas con o sin intención de casarse y que no conviven.

El cuestionario se administró de forma individual en las casas particulares, calles peatonales, parques públicos y salas de espera de consultas médicas. La participación fue voluntaria y no remunerada. El cuestionario fue aplicado por estudiantes de último semestre de licenciatura entrenados para tal fin.

La intención fue lograr equivalencia de sexos y un tamaño de la muestra de al menos 400 participantes para tener potencia estadística en análisis estructurales mayor a .95 con base en el número de parámetros a estimar (Westland, 2010). No obstante, los hombres fueron más reacios a participar alegando falta de tiempo, además de ser más difíciles de encontrar en los espacios y tiempos en que se levantó la muestra. El abordaje de los participantes se realizó de forma aleatoria, intentando alternar un hombre por cada mujer.

Instrumentos

Cuestionario de Violencia en la Pareja (Cienfuegos & Díaz-Loving, 2010). Permite evaluar violencia recibida y ejercida en parejas, ya sea matrimonio, convivencia o noviazgo. Los ítems se responden en términos de frecuencia de actos violentos en el momento presente, siendo todos directos, esto es, a más violencia (recibida o ejercida) mayor puntuación. El rango de respuesta es de cinco puntos: de 1 “nunca” a 5 “siempre”.

La primera escala del cuestionario es de violencia recibida. Se compone de 27 ítems y cuatro factores: violencia psicológica y control con ocho ítems (por ejemplo, “mi pareja vigila todo lo que yo hago”), violencia física e intimidación con siete ítems (por ejemplo, “mi

pareja ha golpeado o pateado la pared, la puerta o algún mueble para asustarme”), violencia sexual con siete ítems (por ejemplo, “mi pareja me critica como amante”) y violencia económica con cinco ítems (por ejemplo, “mi pareja administra el dinero sin tomarme en cuenta”). La consistencia interna por el coeficiente Alfa de Cronbach para los 27 ítems es de .97 y de .88 a .92 para los factores. La segunda escala es de violencia ejercida contra la pareja. Se compone de 11 ítems y dos factores: violencia psicológica con cinco ítems (por ejemplo, “he amenazado a mi pareja con abandonarlo/a”) y otro tipo de violencia, que incluye económica, sexual y física, con seis ítems (por ejemplo, “he llegado a lastimar físicamente a mi pareja”). La consistencia interna por el coeficiente Alfa de Cronbach para los 11 ítems es de .89 y para los factores es de .88 y .85, respectivamente (Cienfuegos & Díaz-Loving, 2010).

En la presente muestra, los cuatro factores de la escala de violencia recibida tuvieron valores de consistencia interna altos: psicológica ($\alpha = .89$), física ($\alpha = .90$), sexual ($\alpha = .86$) y económica ($\alpha = .90$). La consistencia interna de los 27 ítems fue de .96. Los dos factores de violencia ejercida tuvieron valores de consistencia interna altos. No obstante, al eliminar el ítem 7 de violencia sexual se incrementó la consistencia interna de .88 a .89 en el conjunto de la escala y de .78 a .82 en el factor de otro tipo de violencia, por lo que se excluyó. La consistencia del factor de violencia psicológica fue de .88.

Procedimiento

Se solicitó el consentimiento informado para la participación en el estudio, garantizando el anonimato y confidencialidad de la información de acuerdo con las

normas éticas de investigación de la Sociedad Mexicana de Psicología (2007). La tasa de participación, dando el consentimiento y respondiendo al cuestionario completo, fue del 89 % (400 de 450), siendo del 79 % (177 de 225) en hombres y del 99 % (223 de 225) en mujeres. El trabajo de campo se realizó de marzo a mayo de 2010.

Análisis de datos

Se contrastaron las diferencias de medias por un análisis de varianza de modelo mixto con un factor de medidas repetidas: violencia (recibida y ejercida) y dos factores de grupos independientes: vivir juntos (1 = sí y 2 = no) y sexo (1 = hombre y 2 = mujer), así como dos modelos de dos factores de grupos independientes (vivir juntos y sexo), uno para violencia recibida y otro para violencia ejercida. Para poder comparar las medias de las dos escalas de violencia, se dividió la puntuación total de cada participante por el número de ítems de la escala, debido a distinto rango (de 27 a 135 para violencia recibida y de 10 a 50 para violencia ejercida), así el rango de ambas escalas pasó a ser de 1 a 5; además, de este modo, se hicieron fácilmente interpretables las puntuaciones y medidas desde las categorías de respuesta de los ítems, una vez redondeadas al valor entero.

Para el contraste de modelos de relación entre la violencia recibida y ejercida, se usó modelamiento de ecuaciones estructurales por el método de Mínimos Cuadrados Generalizados. Se consideraron ocho índices para valorar el ajuste a los datos: estadístico ji-cuadrado (χ^2), cociente entre el estadístico ji-cuadrado y sus grados de libertad (χ^2/gl), el valor de la función de discrepancia (FD), índice de bondad de ajuste (GFI) de Jöreskog y Sörbom y su modalidad corregida ($AGFI$), índice de ajuste

comparativo (CFI) y normado (NFI) de Bentler-Bonnet y error cuadrático medio de aproximación ($RMSEA$) de Steiger-Lind. Se estipularon como valores de buen ajuste: $p > .05$ para χ^2 , $\chi^2/gl \leq 2$, $FD < 1$, GFI y $CFI \geq .95$ y $AGFI$ y $NFI \geq .90$ y $RMSEA \leq .05$; y como valores adecuados: $p > .01$ para χ^2 , $\chi^2/gl \leq 3$, $FD < 2$, GFI y $CFI \geq .85$ y $AGFI$ y $NFI \geq .80$ y $RMSEA < .08$ (Byrne, 2009).

Los cálculos se realizaron con los programas SPSS16 y AMOS7.

RESULTADOS

Descripción de la muestra

El 56 % (223 de 400) de los participantes fueron mujeres y el 44 % (177) hombres, habiendo significativamente más mujeres (prueba binomial: $p = .02$). La media de edad en la muestra fue de 30 años, con una mínima de 18, una máxima de 64 y desviación típica de 10,45 años. El 51 % reportó tener estudios terminados de media superior, el 31,5 % de licenciatura, el 12 % de media obligatoria, el 3,5 % de posgrado y el 2 % de primaria. La mediana y moda correspondieron a estudios de media superior. El 48,5 % reportó vivir con su pareja (casados o en unión libre) y el 51,5 % no (novios), siendo ambos porcentajes estadísticamente equivalentes (prueba binomial: $p = 0,58$). El 53 % dijo no tener hijos y el 47 % sí. Entre los que tenían hijos, el número varió de 1 a 5, con una media de 2 y una desviación típica de 1. El salario promedio familiar al mes fue reportado por el 68 % (271 de 400) de los encuestados. Su media fue de 12,850 pesos (unos 1.000 dólares estadounidenses) con una desviación estándar de 1,051. Por las características sociodemográficas de los participantes se puede afirmar

que se analizó una muestra de adultos heterosexuales de clase media.

Diferencias de medias en las puntuaciones totales de violencia recibida y ejercida

En los contrastes intraparticipantes del modelo mixto, la media de violencia ejercida fue mayor que la de violencia recibida ($F[1, 396] = 29.19, p < .01$). Hubo interacción significativa entre los factores de violencia y vivir juntos ($F[1, 396] = 33.19, p < .01$). Quienes viven con su pareja reportaron recibir más violencia, pero sus medias de frecuencia de uso de la violencia fueron equivalentes a la de los participantes que no viven con su pareja. También hubo interacción entre los factores de violencia y sexo ($F[1, 396] = 5.17, p < .05$). Las mujeres reportaron recibir menos violencia que los hombres, pero sus medias de violencia ejercida fueron equivalentes a las de los hombres. La interacción entre los factores de violencia, sexo y vivir juntos no fue estadísticamente significativa ($F[1, 396] = 2.24, p > .05$). En los contrastes intergrupos del modelo mixto, los que viven juntos reportan más violencia (recibida y ejercida) que los que no viven juntos ($F[1, 396] = 9.12, p < .01$). No obstante, el factor de violencia no fue diferencial por sexo ($F[1, 396] = 3.85, p > .05$), tampoco en la interacción entre los factores de vivir juntos y sexo ($F[1, 396] = 0.24, p > .05$). Esto se muestra en la Figura 1.

En el modelo de dos factores de grupos independientes de violencia ejercida, no fueron significativos los factores de sexo ($F[1, 396] = 0.53, p > .05$) y vivir o no con la pareja ($F[1, 396] = 3.29, p > .05$), ni la interacción entre ambos factores ($F[1, 396] = 0.06, p > .05$).

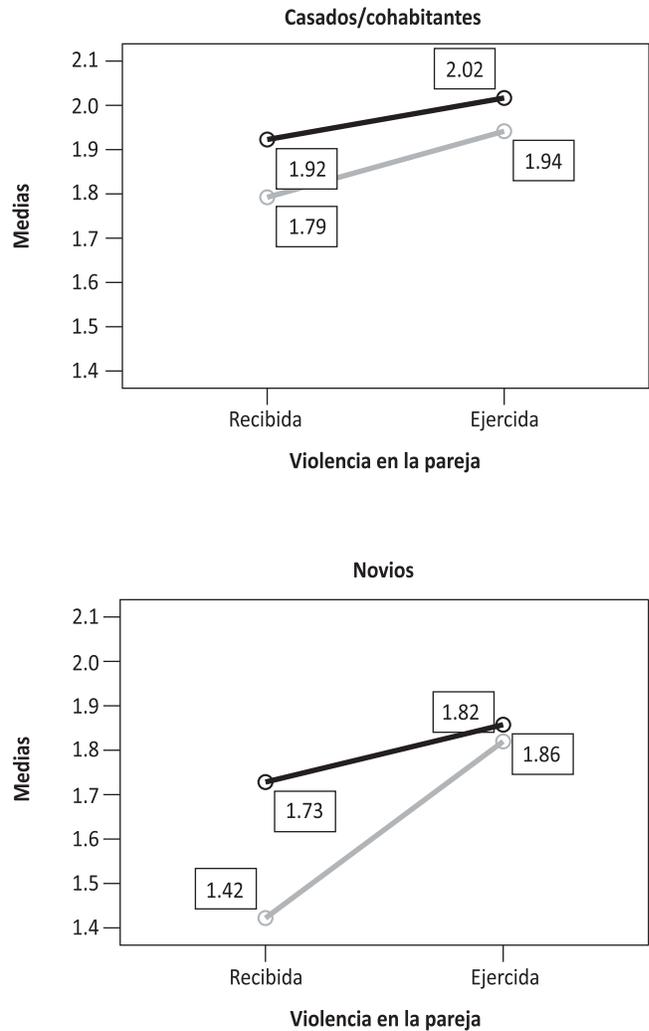


Figura 1. Diagramas de medias de la violencia ejercida y recibida. Se representa con líneas negras a los hombres y con líneas grises a las mujeres, en la gráfica superior a los casados/separados y en la gráfica inferior a los novios.

En el modelo de dos factores de grupos independientes de violencia recibida, la media de las personas que viven con su pareja fue significativamente mayor que la de las personas que no viven con su pareja ($F[1, 396] = 12.56, p < .01$) y la media de los hombres en comparación con la de las mujeres ($F[1, 396] = 7.51, p < .01$), sin interacción entre ambos factores ($F[1, 396] = 1.22, p > .05$).

Modelos de relación entre la violencia recibida y ejercida

Antes de identificar los modelos de relación se contrastó por GLS el modelo factorial para cada una de las dos escalas del Cuestionario de Violencia en la Pareja.

Los índices de ajuste para el modelo de cuatro factores correlacionados de violencia recibida fueron adecuados: $\chi^2/gl = 2.80$, $AGFI = .80$, $FD = 2.23$, $PNCP = 1.43$ y $RMSEA = .07$, salvo $GFI = .83 < .85$. Al introducir las correlaciones del residuo del ítem 21 con los residuos de los ítems 16, 17 y 20 se logró que todos los índices de ajuste fuesen adecuados: $\chi^2/gl = 2.62$, $GFI = .85$, $AGFI = .82$, $FD = 2.07$, $PNCP = 1.28$ y $RMSEA = .06$. El modelo con las tres correlaciones entre residuos, al ser contrastado sin restricciones entre ambos sexos por GLS, mostró un ajuste adecuado: $\chi^2/gl = 2.09$, $GFI = .86$, $AGFI = .81$, $FD = 2.30$, $PNCP = 1.72$ y $RMSEA = .05$.

Al contrastar el modelo de dos factores correlacionados de violencia ejercida con cinco indicadores cada uno, los valores de ajuste fueron adecuados para los índices $GFI = .93$, $AGFI = .89$, $FD = 0.33$ y $PNCP = 0.25$, pero débiles para $\chi^2/gl = 3.92$ y $RMSEA = 3.92$. Al introducir tres correlaciones entre residuos en el factor de otro tipo de violencia se lograron valores de ajuste de buenos ($GFI = .96$, $AGFI = .93$, $FD = 0.20$ y $PNCP = 0.12$) a adecuados ($\chi^2/gl = 2.55$ y $RMSEA = .06$). Este modelo de dos factores con tres correlaciones entre residuos, al ser contrastado sin restricciones entre ambos sexos, también mostró un ajuste adecuado: $\chi^2/gl = 2.09$, $GFI = .93$, $AGFI = .88$, $FD = 0.32$, $PNCP = 0.17$ y $RMSEA = .05$.

A continuación se procedió a identificar los tres

modelos de relación entre la violencia recibida y ejercida: no recursivo o bidireccional, recursivo de violencia ejercida y recursivo de violencia recibida. En ellos la violencia recibida se manejó como variable latente con cuatro indicadores: psicológica, física, económica y sexual (sumatorios de los factores). La violencia ejercida también se introdujo como una variable latente, pero con dos indicadores: psicológica y otra (sumatorios de los factores). Se añadieron dos correlaciones entre residuos para mejorar el ajuste: entre los residuos de la violencia recibida física y económica, y entre los residuos de la violencia recibida física y violencia ejercida psicológica.

Primero se contrastó un modelo no recursivo o bidireccional, en el que ambas variables latentes de violencia se determinaron mutuamente, por lo que quedaron como variables endógenas. Como variable exógena se consideró el sexo; este solo se definió como predictor de violencia recibida, pues resultó independiente de la violencia ejercida en la presente muestra.

En la muestra conjunta, en el modelo no recursivo, la relación direccional de la violencia recibida hacia la ejercida no fue significativa ($B = 0.28$, $EE = 0.24$, $Z = 1.14$, $p = .25$), pero tampoco de la violencia ejercida hacia la recibida ($B = 0.56$, $EE = 0.54$, $Z = 1.03$, $p = .30$). En la muestra de personas que viven con su pareja, tampoco la relación direccional de la violencia ejercida hacia la recibida fue significativa ($B = -0.13$, $EE = 2.27$, $Z = -0.06$, $p = .95$), ni de la recibida hacia la ejercida ($B = -0.46$, $EE = 0.58$, $Z = 0.79$, $p = .43$), ni del sexo hacia la violencia recibida ($B = -0.91$, $EE = 1.27$, $Z = -0.72$, $p = .47$). Esto se observa en la Figura 2. En la muestra de personas que no viven con su pareja, la relación direccional de la violencia recibida hacia la ejercida no fue significativa ($B = 0.09$,

EE = 0.22, Z = 0.41, p = .68), pero sí de la violencia ejercida y del sexo hacia la violencia recibida, siendo el porcentaje de varianza explicada del 69 %. Esto se muestra en la Figura 3.

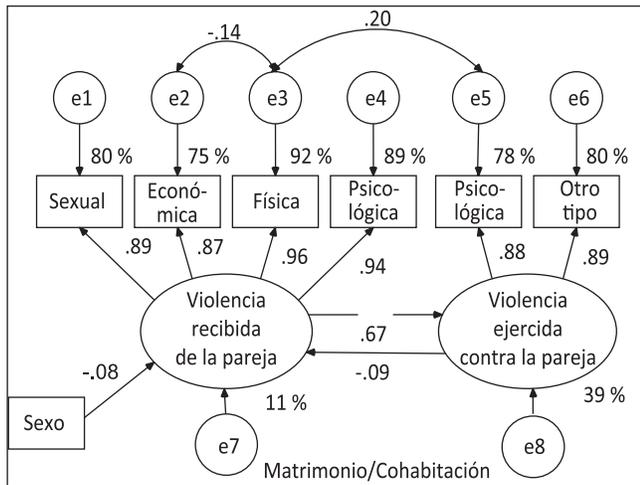


Figura 2. Modelo sin restricciones no recursivo de violencia en la muestra de personas que viven con su pareja

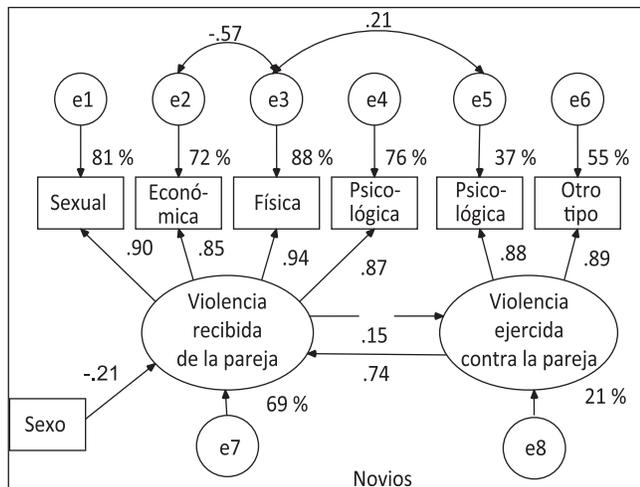


Figura 3. Modelo sin restricciones no recursivo de violencia en la muestra de personas que no viven con su pareja

A pesar de que el modelo no recursivo mostró un buen ajuste a los datos ($\chi^2 [10, N = 400] = 16.45, p = .09, \chi^2/gl = 1.64, GFI = .99, AGFI = .97, CFI = .98, NFI = .94,$

FD = 0.04, PNCP = 0.02 y RMSEA = .04) en la muestra conjunta, debe desestimarse por los parámetros no significativos. En el contraste multigrupo entre quienes viven o no con sus parejas, los valores de ajuste fueron de buenos (GFI = .97, AGFI = .91, FD = 0.11 y PNCP = 0.06) a adecuados ($\chi^2/gl = 2.24, CFI = .91, NFI = .86$ y RMSEA = .06) para el modelo sin restricciones, aunque este se rechazó por el estadístico ji-cuadrado ($\chi^2 [20, N = 400] = 44.86, p < .01$) y nuevamente hubo problemas de significación de parámetros.

En segundo lugar, se contrastó un modelo recursivo donde se ejerce violencia tras recibirla, esto es, de reacción violenta. Este modelo de violencia ejercida mostró buen ajuste a los datos ($\chi^2 [11, N = 400] = 17.08, p = .10, \chi^2/gl = 1.55, GFI = .99, AGFI = .97, CFI = .98, NFI = .94, FD = 0.04, PNCP = 0.01$ y RMSEA = .04) en la muestra conjunta. Al separar a los que viven o no con sus parejas en el contraste multigrupo, los valores de ajuste fueron de buenos (GFI = .96, AGFI = .91, FD = 0.13 y PNCP = 0.07) a adecuados ($\chi^2/gl = 2.28, CFI = .90, NFI = .84$ y RMSEA = .06) para el modelo sin restricciones, aunque este se rechazó por el estadístico ji-cuadrado ($\chi^2 [22, N = 400] = 50.08, p < .01$). Todos los parámetros fueron significativos, salvo la predicción de la violencia recibida por el sexo en la muestra de personas que viven con su pareja (B = -0.86, EE = 0.85, Z = 1.01, p = .32). El porcentaje de varianza explicada de la violencia ejercida fue del 47 % en la muestra conjunta, 67 % en la muestra de personas que no viven con su pareja y del 39 % en la muestra de las personas que viven con su pareja. Esto se muestra en las Figuras 4 y 5.

En tercer lugar, se contrastó un modelo recursivo donde se recibe violencia tras ejercerla. Este modelo de violencia recibida mostró buen ajuste a los datos ($\chi^2 [11, N = 400] = 17.32, p = .10, \chi^2/gl = 1.57, GFI = .99, AGFI = .97,$

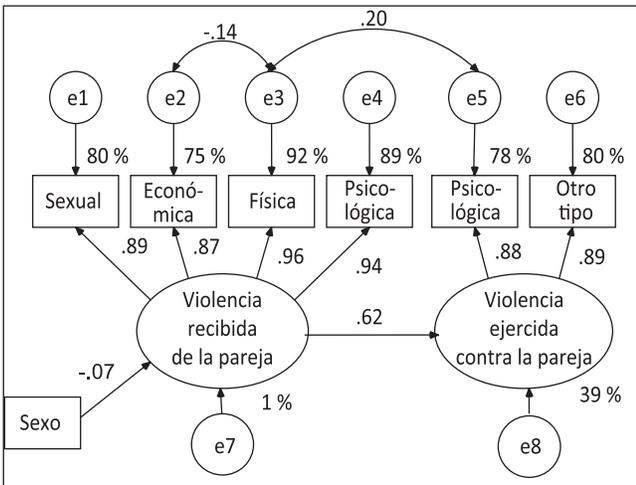


Figura 4. Modelo sin constricciones recursivo de reacción violenta en la muestra de personas que viven con su pareja

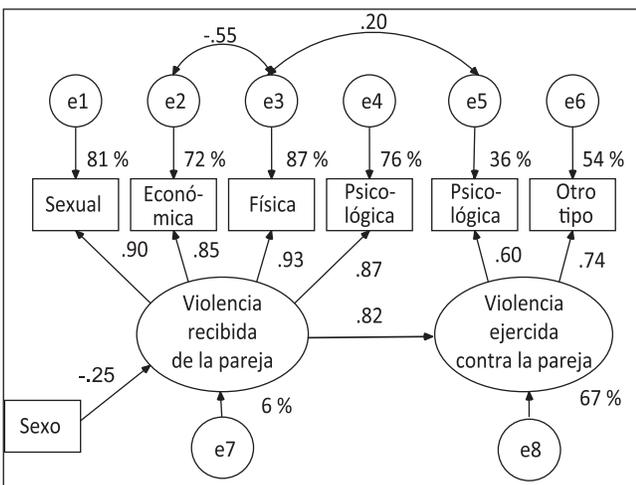


Figura 5. Modelo sin constricciones recursivo de reacción violenta en la muestra de personas que no viven con su pareja

$CFI = .98$, $NFI = .94$, $FD = 0.04$, $PNCP = 0.02$ y $RMSEA = .04$) en la muestra conjunta. Al separar a los que viven o no con sus parejas en el contraste multigrupo, los valores de ajuste fueron de buenos ($GFI = .97$, $AGFI = .92$, $FD = 0.11$ y $PNCP = 0.06$) a adecuados ($\chi^2/gl = 2.06$, $CFI = .92$, $NFI = .86$ y $RMSEA = .05$) para el modelo sin constricciones, aunque este se rechazó por el estadístico ji-cuadrado ($\chi^2 [22, N = 400] = 45.36, p < .01$). Todos los parámetros

fueron significativos, salvo la predicción de la violencia recibida por el sexo en la muestra de personas que viven con su pareja ($B = -0.52$, $EE = 0.70$, $Z = -0.75$, $p = .45$). El porcentaje de varianza explicada de la violencia ejercida fue del 47 % en la muestra conjunta, 68 % en la muestra de personas que no viven con su pareja y del 39 % en la muestra de las personas que viven con su pareja. Esto se muestra en las Figuras 6 y 7.

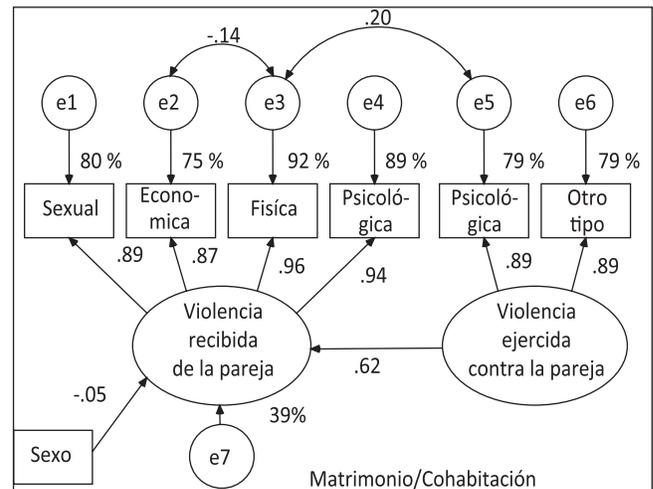


Figura 6. Modelo sin constricciones recursivo de violencia recibida (por ejercer violencia contra la pareja) en la muestra de personas que viven con su pareja

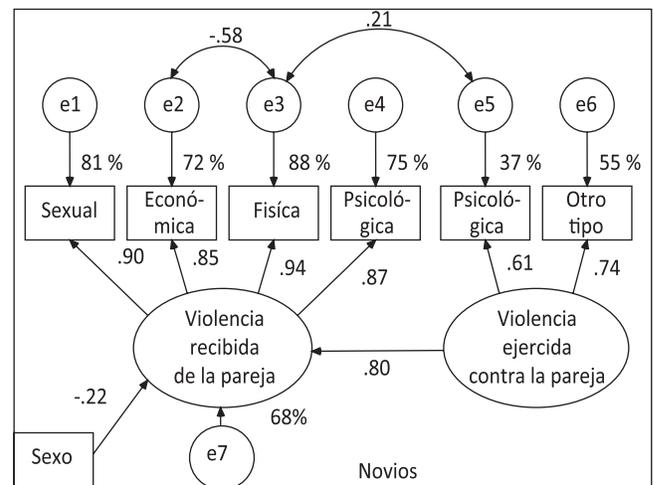


Figura 7. Modelo sin constricciones recursivo de violencia recibida (por ejercer violencia contra la pareja) en la muestra de personas que no viven con su pareja

DISCUSIÓN

Predominó el reporte de violencia ejercida sobre la recibida dentro de cada participante de ambos sexos. Esto podría atribuirse a un aspecto de autopercepción positiva en relación con una posición activa o dominante, lo que parece ser personal y socialmente deseable (Paulhus, 2002). Debe señalarse que este es un dato que no se reporta en las investigaciones de violencia de pareja o familiar, por lo que requiere más estudio.

Conforme con otros estudios, la violencia es mayor en el matrimonio que en el noviazgo (Cáceres & Cáceres, 2006), lo cual se atribuye a los conflictos adicionales que ocasiona la convivencia, la mayor presencia de la pareja y el menor peso de la seducción y enamoramiento en el matrimonio en comparación con el noviazgo (Díaz-Loving & Sánchez-Aragón, 2002). Usualmente, los celos y la posesividad suelen ser las causas de la violencia en el noviazgo (Rey, 2008), siendo un fenómeno común para ambos sexos (Instituto Mexicano de la Juventud, 2007; Strauss, 2005).

En este estudio los hombres se quejaron de recibir más violencia de sus parejas que las mujeres y ambos sexos reportaron ejercer la violencia con la misma frecuencia. En un principio, estos datos van contra las expectativas de la perspectiva de género (Dutton, 2010) en la que se considera como víctima a la mujer y, como objeto de intervención a nivel preventivo y paliativo, al hombre como agresor. No obstante, hay estudios publicados contra estos argumentos. Fiebert (2010) presentó un análisis de 271 investigaciones de violencia (211 empíricas y 60 de revisión teórica), en el que la victimiza-

ción se inclinaba hacia el sexo masculino al considerar ambos sexos. De igual forma, Álvarez (2009), al revisar 230 estudios sobre la violencia en la pareja, halló que las tasas de victimización de los hombres son más altas en 122 estudios para la violencia total y en 60 estudios para la violencia grave. Archer (2002), en un estudio de meta-análisis de agresiones físicas, también extrajo la misma conclusión. González y Santana (2001); Trujano Nava, Tejeda y Gutiérrez (2006) en España y Cienfuegos y Díaz-Loving (2010) en Ciudad de México, observan niveles equivalentes de violencia entre jóvenes de ambos sexos de población general, como aparece en la presente investigación.

En esta muestra de población general, los presentes datos no sustentan un modelo de círculo vicioso (Mills, 2008), por el contrario, la violencia es direccional y parece aplacarse para evitar cerrar un círculo de escalada, ya sea que se inicie (modelo recursivo de violencia recibida) o se responda a la pareja (modelo recursivo de violencia ejercida o reacción violenta). Tras un estallido violento suele pasarse a un modo asertivo de comunicación o se cede para evitar acrecentar la agresión, lo cual es más marcado en el noviazgo, como reflejan los porcentajes más altos de violencia, vistos anteriormente.

Los sentimientos de enamoramiento y convivencia pacífica podrían jugar un papel clave, puesto que durante el noviazgo el hombre cede más, de ahí que se queje de recibir más violencia. Así, el sexo solo fue un determinante significativo en la muestra de personas que no viven juntas (Baker & Stith, 2008; Bookwala, Frieze & Grote, 1994). El ceder consciente y no responder a las agresiones, podría explicar la mayor percepción

de los hombres de ser víctimas de violencia. Durante el matrimonio, el ser hombre o mujer ya no aparece como un factor de riesgo de ser víctima de violencia, siendo el factor de vivir juntos lo que equipara a ambos sexos en su reporte de violencia recibida. La convivencia imprime una dinámica en la que la defensa de la posición propia se vuelve una necesidad para alcanzar el equilibrio y la concordia (Díaz-Loving & Sánchez-Aragón, 2002).

Como limitaciones del estudio debe señalarse el carácter no probabilístico de la muestra. Aunque su gran tamaño nos permite alcanzar potencia alta en las pruebas de contraste, toda generalización debe manejarse como una hipótesis aplicable a una población semejante de gente joven de clase media con escolaridad de media superior terminada e ingresos familiares mensuales de unos 1.000 dólares. Así, los resultados podrían diferir de una muestra extraída de colonias populares con niveles delictivos altos o de centros de atención a víctimas.

En conclusión, se reporta ejercer más violencia de la que se recibe, quizá por el sesgo egotista de percepción. Ambos sexos reportaron ejercer violencia con la misma frecuencia, al igual que las personas que viven o no con su pareja, pero los hombres se quejaron de recibir más violencia y los que viven juntos más que los que no conviven, sin interacción sexo-convivencia. Se rechaza el modelo no recursivo, bidireccional o de círculo vicioso de violencia. Se mantiene un modelo recursivo o direccional, ya sea de recibir violencia (tras haberla ejercido) o de reacción violenta (tras haberla recibido). Si se recibe violencia de la pareja, se responde a esta, pero la pareja se aplaca y evita caer en un círculo vicioso. Si se ejerce violencia contra la pareja, se recibe violencia de

esta, pero la persona se aplaca y no la regresa de nuevo, evitando así el círculo vicioso de violencia. El sexo (ser hombre) es relevante para recibir violencia entre las personas que no viven juntos (novios), pero no así para los que viven con sus parejas, probablemente por el mayor peso de la seducción en el noviazgo y el equilibrio de poder en el matrimonio/cohabitación. Estos modelos tienen más potencia explicativa entre los novios, siendo mejor el ajuste en la muestra conjunta que en el contraste multigrupo entre quienes viven o no juntos.

Estos datos remarcan la importancia de contemplar a ambos miembros de la pareja en los aspectos de ejercicio y recepción de violencia, al estudiarla, para así lograr una imagen más completa y ajustada a la realidad. Como otros investigadores vienen señalando, los defectos en el planteamiento del estudio sesgan las conclusiones y pueden conducir a intervenciones erróneas (Dutton, 2010; Krahe, Bieneck & Möller, 2005).

Aunque en las casas de acogida de mujeres golpeadas a lo largo de todo el mundo se tienen casos muy graves de hombres hostigadores que amenazan la vida e integridad física y moral de su pareja femenina (UNIFEM, 2009), es un error tomar estos casos como el prototipo de violencia para basar la agenda política y el diseño de políticas de intervención en población general. En su justa ponderación, serían motivo para intervención en poblaciones muy específicas organizadas desde la Fiscalía y la Policía, sin olvidar los casos de asesinato u homicidio de hombres por sus parejas femeninas sin que medien situaciones de desesperanza ante la violencia masculina (Weizmann-Henelius, Sailas, Viemerö & Eronen, 2002). Las políticas en población general de

berían organizarse desde las escuelas y centros de salud y comunitarios, enseñando habilidades de negociación, resolución de conflictos y expresión asertiva; asimismo, fomentando valores de respeto y tolerancia.

Se recomienda orientar la política de violencia en la pareja hacia una posición más neutral, en la que no se asuma que el hombre es el agresor y la mujer es la víctima, esto es, que no se asuman situaciones frecuentes de terrorismo íntimo masculino o patriarcal (Johnson, 2008), sobre todo entre personas de estrato socioeconómico medio. En los programas de intervención es importante considerar el aspecto reactivo, catártico o de equilibrio y justicia de la violencia; asimismo, la forma de evitar su círculo de escalada ante el afrontamiento exitoso de los conflictos y diferencias a través del diálogo, la negociación, la convivencia, la solución de problemas y la asertividad.

Debe señalarse que el tratamiento con un enfoque de género, como es el enfoque comunitario del modelo Duluth de Pence y Paymar (1993), ha mostrado resultados muy escasos con perpetradores de violencia. Babcock, Green y Robie (2004) llevaron a cabo un meta-análisis de este enfoque. Tras seleccionar 22 estudios y descartar 84 por deficiencias metodológicas, hallaron un tamaño de efecto pequeño. Este enfoque asume que la causa primaria de la violencia doméstica es la ideología patriarcal que sanciona el uso del poder por parte de los hombres para controlar a las mujeres. El formato de trabajo es grupal. Primero se hace una toma de conciencia de la ideología implícita, luego se fomenta su crítica que conlleva una autocrítica con sentimientos de vergüenza y culpa. Esto facilita el cambio para,

finalmente, asumir nuevos valores y una ideología de equidad de género. Desde este enfoque, la violencia es parte de un patrón conductual que incluye imitación de la conducta paterna, privilegios masculinos implícitos que la mujer asume, aislamiento de la pareja con base en celos, abuso emocional y económico; explosiones de ira y agresión ante desafíos o desobediencia de la pareja femenina, culpa y búsqueda de la reconciliación. De nuevo, cuando los conflictos de sometimiento y desafío aparecen, surge la violencia como medio de control y los ciclos de reconciliación-desafío-violencia se suceden. Si la pareja femenina finalmente se somete, desaparecen; pero si adopta una actitud más desafiante y reactivamente violenta, irán en escalada hasta poner en peligro la vida de ambas personas, con mayor probabilidad de consecuencias graves para la mujer (Shepard & Pence, 1999; Mills, 2008). Entre las críticas que ha recibido este enfoque comunitario está la falta de uso de técnicas y conocimientos terapéuticos, que ignoran variables críticas como el abuso de alcohol o sustancias (O'Farrell, Murphy, Stephan, Fals-Stewart, & Murphy, 2004).

Stith desarrolló en 1995 un enfoque de trabajo novedoso en los casos de violencia doméstica. Frente a un abordaje individual o grupal en víctimas con síntomas de estrés postraumático o depresión y victimarios remitidos por vía judicial, esta investigadora abordó la violencia doméstica cotidiana en su ámbito natural, esto es, la pareja en conflicto. Su diseño terapéutico se basó en sesiones de terapia de pareja, grupos de parejas con problemas de violencia doméstica y sesiones específicas al género de la persona. Con este enfoque multimodal probó eficacia no solo para superar los problemas de violencia, sino para llevar a la pareja a un estado de ajuste

diádico con comunicación abierta, negociación, expresión de afecto positivo, cohesión y satisfacción. Desde este enfoque multimodal se hace énfasis en las habilidades de negociación, solución de conflictos y control emocional (Stith, McCollum & Rosen, 2011). Además se evalúan y abordan terapéuticamente los problemas de abuso y dependencia de sustancias (Stith, McCollum, Rosen & Thomsen, 2004). Desde los datos de este estudio, el enfoque multimodal parece ajustarse más a la demanda de la realidad. De ahí que se sugiere el estudio de su eficacia en México y otros países latinos, comparando sus resultados con los tratamientos con perspectiva de género actualmente dominantes (Hijar & Valdez, 2009).

REFERENCIAS

- Álvarez, J. (2009). *La violencia en la pareja: bidireccional y simétrica. Análisis comparativo de 230 estudios científicos internacionales*. Madrid: Asociación para el Estudio del Maltrato y del Abuso.
- Archer, J. (2002). Sex differences in physically aggressive acts between heterosexual partners: A meta-analytic review. *Aggression and Violent Behavior*, 7, 313-351.
- Babcock, J. C., Green, C. E. & Robie, C. (2004). Does batterers' treatment work? A meta-analytic review of domestic violence treatment. *Clinical Psychology Review*, 23, 1023-1053.
- Baker, C. R. & Stith, S. M. (2008). Factors predicting dating violence perpetration among male and female college students. *Journal of Aggression, Maltreatment & Trauma*, 17, 227-244.
- Bookwala, J., Frieze, I. H. & Grote, N. (1994). Love, aggression, and satisfaction in dating relationships. *Journal of Social and Personal Relationships*, 11, 625-632.
- Byrne, B. M. (2009). *Structural equation modeling with Amos: Basic concepts, applications, and programming* (2nd ed.). New York: Routledge.
- Cáceres, A. & Cáceres, J. (2006). Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6, 271-284.
- Cienfuegos, M. Y. & Díaz-Loving, R. (2010). Violencia en la relación de pareja. En R. Díaz-Loving & S. Rivera Aragón (Eds.), *Antología psicossocial de la pareja: clásicos y contemporáneos* (pp. 156-177). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Díaz-Loving, R. & Sánchez-Aragón, R. (2002). *Psicología del amor: una visión integral de la relación de pareja*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Dutton, D. G. (2010). The gender paradigm and the architecture of antisociality. *Partner Abuse*, 1, 5-25.
- Fiebert, M. S. (2010). References examining assaults by women on their spouses or partners: an annotated bibliography. *Sexuality and Culture*, 14, 49-91.
- Graham-Kevan, N. & Archer, J. (2003). Intimate terrorism and common couple violence: A test of Johnson's predictions in four British samples. *Journal of Interpersonal Violence*, 18, 1247-1270.

- González, R. & Santana, J. D. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema*, 13, 127-131.
- Hijar, M. & Valdez, R. (2009). *Programas de intervención con mujeres víctimas de violencia de pareja y con agresores. Experiencia internacional y mexicana*. Cuernavaca, México: Instituto Nacional de Salud Pública.
- Instituto Mexicano de la Juventud (2007). Encuesta nacional de violencia en las relaciones de noviazgo. México, DF: Instituto Mexicano de la Juventud.
- Jankowski, N. W. (2002). Creating community with media: history, theories and scientific investigation (pp. 34-49). En L. Lievrouw & S. Livington (Eds.), *Handbook of new media*. London: Sage.
- Johnson, M. P. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: Two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283-294.
- Johnson, M. (2008). *A typology of domestic violence: Intimate terrorism, violent resistance, and situational couple violence*. Boston: Northeastern University Press.
- Krahé, B., Bieneck, S., & Möller, I. (2005). Understanding gender and intimate partner violence from an international perspective. *Sex Roles*, 52, 807-827.
- Mills, L. G. (2008). *Violent partners: A breakthrough plan for ending the cycle of abuse*. New York: Basic Books.
- O'Farrell, T. J., Murphy, C. M., Stephan, S. H., Fals-Stewart, W. & Murphy, M. (2004). Partner violence before and after couples-based alcoholism treatment for male alcoholic patients: the role of treatment involvement and abstinence. *Journal of Counseling and Clinical Psychology*, 72, 202-217.
- Olson, L. N. (2002). Exploring common couple violence in heterosexual romantic relationships. *Western Journal of Communication*, 66, 104-125.
- Pauhlus, D. L. (2002). Socially desirable responding: The evolution of a construct. En H. Brau, D. Jackson & D. E. Wiley (Eds.), *The role of constructs in psychological and educational measurement* (pp. 46-69). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Pence, E. & Paymar, M. (1993). *Education groups for men who batter: The Duluth model*. New York: Springer.
- Ramos, L. & Saltijeral, M. T. (2008). ¿Violencia episódica o terrorismo íntimo? Una propuesta exploratoria para clasificar la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja. *Salud Mental*, 31, 469-478.
- Rey, C. A. (2008). Prevalencia, factores de riesgo y problemática asociada con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 26, 227-241.
- Secretaría de Gobernación y Coordinación General de la Comisión Nacional de la Mujer (1999). *Programa Nacional contra la Violencia Intrafamiliar (PRO-NAVI), 1999-2000*. México, DF: Secretaría de Gobernación.

- Shepard, M. & Pence, E. (1999). *Coordinating community response to domestic violence: Lessons from Duluth and beyond*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Sociedad Mexicana de Psicología (2007). *Código ético del psicólogo* (4ª edición). México, DF: Editorial Trillas.
- Stith, S. M., McCollum, E. E. & Rosen, K. H. (2011). *Couples therapy for domestic violence: Finding safe solutions*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Stith, S., McCollum, E., Rosen, K. & Thomsen, C. (2004). Multi-couples group treatment for domestic violence. En F. W. Kaslow (Ed.), *Comprehensive handbook of psychotherapy* (pp. 499-520). Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.
- Strauss, M. A. (2005). Women's violence towards men is a serious social problem. In D.R. Loeske, J. Gelles & M. M. Cavanaugh (Eds.). *Current controversies in family violence* (2nd edition, pp. 55-77). Newbery Park: Sage Publications.
- Trujano, P., Martínez, A. E. & Camacho, S. I. (2010). Varones víctimas de violencia doméstica: un estudio exploratorio acerca de su percepción y aceptación. *Diversitas. Perspectivas en Psicología*, 6, 339-354.
- Trujano, P., Nava, C., Tejeda, E. & Gutiérrez, S. (2006). Estudio confirmatorio acerca de la frecuencia y percepción de la violencia doméstica: el VIDO-FyP como instrumento de evaluación y algunas reflexiones psicosociales. *Intervención Psicosocial*, 15, 95-110.
- UNIFEM (2009). *Staying alive: Fourth monitoring and evaluation report 2009 on the protection of women from domestic violence act, 2005*. New York: UNIFEM.
- Weizmann-Henelius, G., Sailas, E., Viemerö, V. & Eronen, M. (2002). Violent women, blame attribution, crime, and personality. *Psychopathology*, 35, 355-361.
- Westland, J. C. (2010). Lower bounds on sample size in structural equation modeling. *Electronic Commerce Research and Applications*, 9, 476-487.